

El Voto Como Medio 17, feb.

El Cambio Como Meta 1988

POR LORENZO MEYER

COMO otros tantos Hamlets, cada sexenio los mexicanos nos decimos, mientras contemplamos nuestra credencial permanente de elector: ¡votar o no votar, he ahí el dilema! El origen de este dilema es claro: después de la elección de Madero y hasta hoy, el voto no ha decidido nada importante en nuestro sistema político, de ahí que ir a votar era una obligación sin sentido. Sin embargo, debido al estado de decadencia (¿descomposición?) del actual sistema político, quizá en el correcto uso del voto esté una de las claves del principio del fin del dilema. Según la Asamblea Democrática por el Sufragio Efectivo (Adese) que nació el martes de la semana pasada aquí en el Distrito Federal, ha llegado la hora de hacer del voto algo útil.

*

DESDE la perspectiva de un número cada vez mayor de mexicanos, este es el momento justo en que la sociedad civil (como algunos miembros distinguidos del actual gobierno gustan de llamarnos a quienes estamos fuera del gobierno) puede, por medio del voto, empezar a dar contenido real a un sistema de partidos que hasta hoy sólo existe en la forma. Hay que votar, pero para que tal acción llegue a significar algo sustantivo —para que dejemos atrás el dilema hamletiano— hay que enviar al gobierno un mensaje claro antes y después de depositar la papeleta en la urna: que la sociedad civil mexicana —o al menos una parte importante de la misma— está dispuesta a una de-

fensa activa del sufragio frente a las añejas prácticas gubernamentales responsables de la existencia de la cultura del fraude. No sé si, finalmente, la Adese —una agrupación de ciudadanos y no de partidos, con ideologías diversas e incluso antagónicas, pero deseosos de que se inicie en México el arraigo de una cultura cívica democrática y moderna— logre hacer algo en el sentido apuntado, pero de lo que no hay duda es de la importancia y oportunidad de su lla-

mada. El domingo pasado, y en este diario, un famoso priista, Rodolfo González Guevara, dijo que el candidato presidencial de su partido tiene el compromiso "de combatir la ilegalidad electoral para lograr un triunfo limpio y transparente"; tal comentario es una aceptación tácita de los sempiternos ganadores de que la ilegalidad electoral ha existido, existe y tiene posibilidades de seguir existiendo, y también es una aceptación de que tal ilegalidad está dejando de ser útil al PRI.

Hoy por hoy, el verdadero dilema político mexicano es éste: insistir en mantener las viejas formas: autoritarias de gobierno pese a que el entorno que les dio vida ya cambió, o echarse a andar por el camino de la transición del autoritarismo a la democracia no obstante las dificultades y riesgos que entraña.

Las transiciones recientes del autoritarismo a la democracia en otras latitudes se han hecho por caminos muy diversos. Así, por ejemplo, en el caso español, uno de los más exitosos, el disparador del cambio fue la muerte del dictador —Franco— y el espectacular asesinato de su heredero, Carrero Blanco.

*

EN el caso de Argentina —donde la moneda aún está en el aire— el impulso hacia el retorno a la democracia lo dió la derrota fulminante del Ejército argentino a manos de los británicos en las islas Malvinas. En Brasil, los militares tocaron una prudente retirada de la primera línea del frente político a raíz de los complejos problemas en que metieron a la economía de ese gigante sudamericano. En Filipinas —otro lugar donde también la moneda sigue en el aire— el cambio se desató por un asesinato —el de Aquino— y de la violencia en las calles de las ciudades y la guerrilla en zonas rurales. En fin, la lista es larga y estos ejemplos son suficientes para subrayar la importancia del siguiente punto.

La vía más exitosa para superar el autoritarismo es aquella que combina una maduración de la sociedad con el aprovechamiento cabal de una coyuntura favorable, como es el caso español, sin dar

El Voto Como Medio.-

El Cambio Como Meta

Sigue de la página siete

tiempo a que la violencia se generalice. En contraste, aquellas transiciones donde la violencia externa o interna fue justamente la condición para iniciarlas —Argentina, Filipinas, Haití, Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Irán, etcétera— los éxitos no están asegurados y en algunos casos los fracasos han sido rotundos.

En México, la etapa de la violencia —1968 y los años de la "guerra sucia" que le siguieron— ha quedado atrás, pero nadie nos puede garantizar que tal superación sea definitiva. Es por ello indispensable asegurar que, de cara al futuro, todos los actores políticos mexicanos —empezando por el gobierno mismo— queden convencidos de que sus metas se pueden alcanzar sin el uso de la violencia. También hay que despertar la voluntad de aprovechar bien la coyuntura.

En nuestro caso, la coyuntura favorable para iniciar el camino hacia la democracia —el equivalente a la muerte de Franco en España— es la agonía del modelo económico posrevolucionario y de la cual son responsables quienes dirigieron los destinos de México al amparo de un presidencialismo desenfrenado. En efecto, a primera vista la crisis económica únicamente ha traído sufrimientos y desesperanza al grueso de la sociedad mexicana —sólo para unos pocos, los pocos de siempre, éstos son los mejores de los tiempos—, pero es justamente en tales sufrimientos donde se esconde el germen de la transformación del régimen, pues el innegable fracaso económico del autoritarismo mexicano le ha quitado a éste una buena parte de la legitimidad que tuvo muchos años. Sin ella, el régimen actual podrá sobrevivir un tiempo más por

obra y gracia de la inercia, pero su futuro está condenado.

El hacer de nuestras dificultades económicas actuales el punto de partida para un México mejor, más democrático y, sobre todo, más justo, es algo que requiere de una buena dosis de voluntad política y otro tanto de buena fortuna, como diría Maquiavelo. Parte de esta voluntad debe materializarse en una campaña política responsable de los partidos y de un manifiesto deseo de participación de la ciudadanía, por medio del sufragio y la defensa del mismo. Para el mexicano común y corriente, esta es la hora de sacudirse la apatía y el fatalismo que le ha inculcado la cultura del fraude. Para el gobierno, ésta es la hora de poner una rienda a sus ins-

tintos autoritarios, marginar a las voces que no quieren abandonar el pasado por temor del futuro —los Fidel Velázquez, los Joaquín Hernández Galicia, y demás "duros"— en aras de una transición pacífica, concertada y donde no se llegue a callejones sin salida, a situaciones de todo o nada.

Miguel de la Madrid, habiendo tenido la posibilidad de encabezar el cambio político —y después de varios titubeos— terminó por resistirlo. Su decisión fue la de mantener inalterable la esencia de los mecanismos de control, y con ello nos hizo perder a todos un tiempo precioso. Es indispensable que convenzamos a quien le sucede que no debe repetir tal error, pues lo que ya está mal se tornaría peor, y el juicio histórico le sería adverso, muy adverso.